

COMEDIANTES DE OTROS SIGLOS

María Antonia Fernández, "La Caramba"

LA escasa importancia que en los siglos anteriores al XIX se venía dando a todo aquello que al teatro se refería, puede estimarse como causa especial de la obscuridad en que aparecen envueltas las biografías de las comediantas y comediantes de pasados tiempos.

Esas nebulosidades alcanzaban también a los últimos años del siglo XVIII, cuando brillaban ya, como astros de gran magnitud, figuras tan eminentes como María Ladvenand, Rita Luna, Isidoro Máiquez, Manuel García Parra y Antonio Robles.

García Ugalde y Pellicer son los únicos que nos dan algunas interesantes noticias de aquel personal histriónico y de las numerosas obras estrenadas; pero muchos lustros después, un historiador tan notable, tan concienzudo como don Emilio Cotarelo, rebuscando en los archivos de la coronada villa, nos dió numerosos datos, que nos han servido de base para cuanto sobre el particular hemos escrito. Sus libros *La Tirana*, *María Ladvenand*, *Iriarte y su época* e *Isidoro Máiquez*, son almacenes de numerosos datos, en donde tenemos que copiar y aprender.

Hoy nos toca ocuparnos de una de esas comediantas, que en aquel tiempo se hicieron populares, quizás más que por sus méritos, por sus originalidades, por sus altas amistades, que de propaganda le servían, y por los incidentes que con frecuencia eran comidilla de las tertulias cortesananas y de los famosos Mentideros.

Esa comedianta fué María Antonia Fernández, conocida por el apodo de *La Caramba*.

Era su verdadero apellido Vallejo, y nació en Granada, el año 1751, siendo hija legítima de Bernardo Vallejo y María Manuela Fernández. Ligera de cascos y amiga de correr mundo, desde muy joven debió sentir deseos de abandonar su tierra natal, aunque algún escritor asegura que también sus padres pertenecieron a la farándula, y que la María Antonia desde niña representó en comedias y sainetes.

En 1775 aparece nuestra actriz en los escenarios de Cádiz cantando tonadillas. Por entonces era esa ciudad el verdadero centro teatral de España. Allí probaban sus fuerzas los más reputados artistas, y de aquellos escenarios tomaban sus contingentes las compañías de la Cruz y del Príncipe. Raras fueron las actrices y actores que no vieron confirmados los aplausos del culto público gaditano por los espectadores cortesanos.

Ya entonces María Antonia Vallejo había relegado al olvido su primer apellido, figurando en la lista con el de Fernández, o sea el de su madre.

En 1776, Manuel Martínez, el notable actor de comedias santanderino, la hizo proposiciones para ir a Madrid. Llena de esperanzas y sobrada de ambiciones, María Antonia aceptó, y en Madrid, en dicho año, figuró en la compañía del teatro de la Cruz como sobre-

saliente de música, trabajando al lado de la Pepa Huertas, Paca Martínez, María de la Chica, la Palomera, la Pereira, Juan Ramos, Simón de Fuentes y Vicente Galván.

No debieron sus habilidades y desenvueltas maneras desagradar a los *chorizos* de aquel teatro, pues en la temporada de 1777 a 1778, que comenzó el 30 de marzo, la Fernández continuó en su plaza, alternando con la Mariana Raboso, aquella actriz de quien decía la Granadina (María de la Chica) *que hacía con los amantes como con las tercianas, que tan pronto los tomaba como los dejaba*, y que era morena, de ojos negros, que atravesaban por medio a cualquiera, según la expresión de Garrido, y de la que se dijo:

La Raboso, la Raboso,
esa tirana, esa fiera,
que con semblante de miel
a los hombres envenena.

Llegó la temporada de 1778 a 1779, y ya aparece la Fernández como tercera de cantado, con partido de 22 reales y nueve de ración. Hacía no pocos sainetes, y por entonces estrenó ya varios de don Ramón de la Cruz.

En 4 de abril de 1779 pasó al Corral de la Pacheca, teniendo como sobresaliente de música a Catalina Tordesillas, que en vano quería rivalizar con ella. Se distinguía en los papeles de maja y en el canto *jocoso con chuscada*, según Saldoni indica en su Diccionario.

En 1780 volvió a la Cruz, con la sola obligación de cantar, y el mismo partido y ración que el año anterior.

Con referencia a esta época, dice uno de sus biógrafos que interpretaba los sainetes maravillosamente, tomando personajes del natural para copiarlos en la es-

cena, sin que se advirtiese la diferencia entre el real y el copiado. Su canto era desgarrado y gitanesco, acumulando toda la voluptuosidad de la extraña raza gitana. Sentía y hacía sentir, haciéndose dueña del público, que ansioso acudía noche tras noche a escucharla. Tenía un buen caudal de extravagancia, que la Junta de Teatros le toleraba, acaso por miedo a sus numerosos partidarios, no faltando severo Corregidor que la protegiese, ni Consejero que la auxiliara en sus instancias y deseos con buenos informes.

La temporada de 1781, inaugurada el 15 de abril, figuró de nuevo en el Príncipe, a la vez que la Tirana y el galán Ramos. Por entonces se enamoró de ella un francés llamado don Agustín Sauminque, hijo de don Antonio Sauminque y de doña Catalina Bedó, escritor mediano y hombre de cortos alcances. La familia del francés se opuso a la boda, acaso por la fama algo dudosa que ya tenía la Fernández; pero decididos los amantes a vencer los obstáculos, acordaron casarse en secreto, y, efectivamente, el 10 de marzo de 1781 se efectuó la boda con todo misterio. No era María Antonia mujer que se paraba en dificultades, y como naciesen éstas, la Fernández hizo fabricar una cédula de defunción de sus padres, que aún vivían, a quienes cambió los nombres, llamando a su padre Benito Fernández y doña Manuela Rodríguez a la autora de sus días. Ella misma se hizo aparecer con falsos detalles, que dieron el fin propuesto.

Aportó al matrimonio alhajas y muebles por valor de 165.233 reales, en concepto de dote. Sólo vestidos aparecen por docenas, algunos de alto precio, especialmente uno de color de leche, con brial y jubón de terciopelo color de ciruela con oro y chalequillo de lo mis-

mo. La cama de matrimonio se apreció en 2.500 reales, y se hicieron constar barreños de plata, bandejas, platos, palanganas y tazas del mismo metal, dos sortijas que valían 38.000 reales, pendientes de brillantes de 15.000, y un tocador completo con 26 piezas de plata, pero de 388 onzas de ley. A contar con mayor espacio, copiaríamos esta curiosa carta de dote, que firma el Notario don Ramón Tarelo con los testigos don José Astudillo y don Fernando Valiente, ambos Presbíteros, y don Miguel Pociellos.

Sauminque debió comprender muy pronto que había hecho una soberana tontería, y la paz del matrimonio duró breve espacio de tiempo.

Acordóse la separación, y la María Antonia cogió sus alhajas y sus vestidos, y abandonando al francés, se marchó a vivir con su madre.

La anterior citada carta de dote revela el lujo que caracterizaba a *la Caramba*, y que la elevaba al puesto de dama de moda entre las mujeres de su tiempo. El lazo original que llevó su nombre fué imitado por la aristocracia del siglo XVIII, y lo mencionó el año 1778 Jovellanos, en una de sus más notables sátiras, donde dice:

La que olvidando su orgullosa suerte
baja vestida al Prado cual pudiera
una maja con trueno y rascamoños,
alta la ropa, erguida la *Caramba*,
cubierta de un cendal más transparente
que su intención, a ojeadas y meneos
la turba de los tontos concitando, etc.

Cuando se concertó y verificó su matrimonio se retiró algunos meses de la escena, y por entonces se compuso una tonadilla que ella misma cantó al volver a ella. El

gracioso Garrido suponía haber quedado viudo y cantaba:

Alma, sintamos;
ojos llorar,
¡a mi *Caramba*
que murió ya!

A poco de llegar a Madrid, cantaba María Antonia otra tonadilla que explica el origen de su apodo:

Un señorito
muy petímetre
se entró en mi casa
cierta mañana,
y así me dijo al primer envite:
—¿Oye usted...? ¿Quiere usted ser mi maja?
Yo le respondí con mi sonsonete,
con mi canto, mi baile y soflama:
—¡Qué chusco que es usted, señorito!
Usted quiere..., ¡caramba!, ¡caramba!
¡Que si quieres, quieres, ca!
¡Vaya, vaya, vaya!
Me volvió a decir muy tierno y fino:
—¡María Antonia, no seas tan tirana:
mira, niña, que te amo y te adoro
y tendrás las pesetas a manta.
Yo le respondí con mi sonsonete,
con mi canto, mi baile y soflama:
—¡Qué porfiado es usted, señorito!
Usted quiere..., ¡caramba!, ¡caramba!

En *El arrendador del sebo*, música del maestro don José Castel, a quien tenemos por granadino, decía a *la Caramba*:

Hoy María Antonia
sale a ofreceros
un juguético

que es mucho cuento.
 En daros sólo gusto
 cifro mi anhelo;
 si lo logro..., ¡*Caramba!*;
 si no..., ¡*Laus Deo!*
 Chito, señores,
 y os dará *la Caramba*
 dos Carambeles.

Venía yo la otra tarde
 por la calle de Toledo,
 con mi mantilla, con mi basquiña,
 a lo de sal quiere el huevo.
 Pasó envuelto en una capa
 un hombre con un muñeco
 cachigordo, rebolludo,
 patizambo y carituerto...

Llegó y me dijo:
 —¡Adiós, salero!
 Y yo le dije:
 —¡Bravo dinero!
 Púsose en jarras,
 cerniendo el cuerpo,
 y yo alternaba
 su contoneo.
 Torció el hocico;
 hícele un gesto;
 y al decir: ¡Puches!
 dije: ¡Buñuelos!

Díjome: —Aunque sea usted
la Caramba, ¿qué tenemos?:
 yo soy en *Carabanchel*
 el arrendador del sebo...

Acaba esta tonadilla enviando noramala al arrendador, porque ella prefiere sus mosqueteros, sus aposentos, gradas y lunetas..., cuando las ve llenas. Teme no agradar y añade:

y veréis qué fandangos
os *carambeo*.

La Caramba sigue figurando en la Cruz en la temporada de 1782 a 1783, en el Príncipe en 1783 a 1784, en la Cruz en 1784 a 1785, en el Príncipe en 1785 a 1786 y siempre en la Compañía de Martínez, sustituyéndole en la de 1786 a 1787 la Francisca Pérez, que alternaba con la Nicolasa Palomero y que no debió ser muy del agrado de los espectadores cortesanos.

Cuando mayores triunfos lograba, y cuando el Madrid galante le rendía honores de reina, la adulación le cercaba y la envidia hacía en ella su presa, ocurrió un hecho que varió por completo la vida de la famosa comedianta, cuya belleza era justamente admirada.

Hacia el mes de septiembre de 1785 bajó una tarde *la Caramba* al Prado, luciendo sus vistosas galas y sus ricas alhajas y mostrando su desenvoltura, tan censurada por los diaristas, especialmente por los partidarios de *la Tirana* y la Figueras.

La bella actriz descollaba orgullosa entre tanta hermosura madrileña, cuando descargó una fuerte tormenta que puso en huída a damas y petimetres. Refugióse en el convento de frailes Capuchinos, que estaba en la Carrera de San Jerónimo. Ocupaba el púlpito un religioso venerable que esgrimía su elocuencia contra las pecadoras, y sus palabras produjeron tal impresión en el ánimo de *la Caramba*, que, llorosa, se postró ante el altar y juró dejar su vida de galanteos por otra de penitencia. Confesó sinceramente y prometió borrar con buenas obras sus anteriores extravíos.

Así ocurrió, arrojando vestidos lujosos y vendiendo sus alhajas para repartir el dinero a los pobres. Cambió

sus telas llamativas por cilicios y sayales. Veíasela pobremente vestida, el rosario en las manos y la frente siempre inclinada al suelo; seca de carnes, arrugada y sin ninguna de aquellas gracias de que había hecho escandaloso alarde, salir de una iglesia sólo para entrar en otra, causando la admiración de cuantos la conocían, que era todo Madrid, ante cambio tan radical.

Enfermó al fin, víctima de tantas mortificaciones y murió en 10 de junio de 1787, siendo sepultada en la capilla de la Virgen de la Novena (iglesia de San Sebastián), patrona milagrosa de los actores españoles. He aquí la partida de sepelio, que se halla en el libro 36 de Difuntos, folio 36:

“María Antonia Vallejo y Fernández, de edad de 36 años, casada con Agustín Sauminque; vivía calle del Amor de Dios: recibió los Santos Sacramentos y murió en 10 de junio de mil setecientos ochenta y siete. Testó en siete de Mayo del mismo año, ante Félix Tadeo Serrano, Escribano Real. Señaló veinte misas rezadas con limosna de cuatro reales. Nombró por sus testamentarios a su madre María Manuela Fernández, que vive en la citada calle del Amor de Dios, número diez, y a Manuel Martínez, que vive en la calle del Niño, número nueve. Instituyó por su heredera a la dicha María Manuela Fernández, su madre. Y se la enterró en público en esta iglesia Parroquial, en la Capilla de la Congregación de Nuestra Señora de la Novena, por haber sido de ella. Dieron de fábrica ocho reales. Y como teniente Mayor lo firmé.—*Dr. Juan Antonio de Irusta.*”

En su testamento mandó acompañasen su cadáver veinte religiosos del convento de Capuchinos del Prado, donde se operó su conversión. Confesó en este documen-

to la falsificación de la partida que necesitó para casarse.

Los poetas cortesanos, serios y epigramáticos, hallaron tema fecundo en la muerte de la actriz. Mientras unos lloraban en pretenciosos endecasílabos el prematuro término de la dama, celebrando su muerte ejemplar, otros la dirigían ataques no respetando el sagrado de la tumba.

Apareció el siguiente:

EPITAFIO A "LA CARAMBA"

La mayor pompa que la corte Hesperia
en sus teatros celebró algún día,
la fiera Parca, inexorable, impía,
ha reducido a su primer miseria.

La que a tantos elogios dió materia
y con su gentileza y bizarría
miles de voluntades encendía,
¿Es posible que vino a tal laceria?

Sí; pero no te admires, caminante,
ni menos dudes su felice suerte,
que en el Empíreo se hallará triunfante.

Si otra Egipciaca en vida fué, advierte
que más que en tablas le imitó constante
en su retiro y penitente muerte.

Como podrá apreciarse, el soneto es malo de veras, a pesar de llevar algún zurcido para evitar frases de dudoso gusto; pero no obstante tuvo resonancia y dió lugar a curiosas polémicas y a que un don M. D. P. se descolgase con otro soneto, que parece hermano del anterior. Decía éste:

PINTURA AL VIVO DE LA VIDA Y MUERTE DE LA FAMOSA
CÓMICA "LA CARAMBA"

Esa mujer que en otros tiempos hizo
de sus gracias comercio delincuente;

esa, que, muda, fué más elocuente
 añadiendo colores al hechizo;
 esa que los deseos satisfizo,
 dejando otros burlados dulcemente;
 esa que supo hacer mañosamente
 a los placeres nuevos pasadizo;
 esa que en catre de mullidas flores
 fué alguna vez dos veces homicida,
 ya en los afectos tiernos interiores,
 anegada en su llanto, arrepentida,
 concibió tal dolor en sus dolores
 que hizo el dolor verdugo de su vida.

Un diarista, que firmaba *Un andaluz*, le dedicó el siguiente soneto:

Esa que nuestra escena llora y siente
 hizo reír a un público rendido,
 y de su voz al mágico sonido
 brotó el aplauso y se esparció creciente.

Doble corona colocó en su frente,
 que el pecho en dos amores encendido,
 conquistó al entusiasmo merecido
 y el respeto de humilde penitente.

Al verla por la Parca destruída
 pensemos en su muerte, en su mañana,
 y olvidemos errores de su vida.

Que la que fué en la escena cortesana,
 murió cual Magdalena arrepentida;
 ¡nuevo contraste de la vida humana!

Algunos años después, aún era elogiada *la Caramba* en versos como los siguientes:

Nadie el talento tuvo de la Prado,
 ni el gracejo especial de *la Caramba*;
 que surgen entre nieblas del pasado...

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR,
Académico correspondiente